

halló la media moneda y el nombre y señas del capitán la *Jonquiere*.

Después, si no más alegre, al menos más tranquilo, y atribuyendo el acontecimiento de aquella noche á los mil accidentes que pueden suceder á un paseante nocturno, dió sus instrucciones á Ové para el día siguiente, y se acostó pronunciado el nombre de Elena, como ésta había pronunciado el suyo.

En aquel mismo instante, dos coches salían de la fonda del Tigre Real: en el primero, alumbrado con muchas luces y precedido de dos monteros á caballo, iban dos caballeros en traje de caza; el segundo, sin faroles y conduciendo á un incógnito viajero, seguía al anterior á doscientos pasos de distancia y sin perderle un momento de vista. Sólo al llegar á las puertas de París se separaron, y mientras el carruaje iluminado se detenía al pie de la escalera principal del Palacio Real, el coche sin faroles paraba delante de una pequeña puerta de la calle de Valois, ambos sin que les hubiese acontecido nada de particular.

VIII

En que prueba Dubois que su policía secreta era mucho mejor por quinientas mil libras, que la general del Estado costando tres millones

El duque de Orleáns, de cualquier modo que pasase sus noches, bien fuese en excursiones ó ya en orgías, en nada cambiaba el plan que tenía establecido. Las mañanas estaban dedicadas á los negocios, y éstos según su clase tenían su día de despacho determinado. Por lo común comenzaba á trabajar solo ó con Dubois antes de vestirse; luego hacía su tocador, que era corto, y durante el cual recibía á un reducido número de personas. En seguida daba audiencia hasta las once ó las doce; después eran admitidos los presidentes de los consejos: La Vrillère primero, luego Leblanc, que daba cuenta de todo su espionaje; Torey, que le llevaba las cartas importantes que había podido sustrear; y por último, el mariscal Villeroy, con quien, dice Saint-Simón, no trabajaba, pero lo aparentaba así. Á las dos y media le servían el chocolate, única cosa que tomaba por las mañanas á

presencia de todos, hablando y riendo. El tiempo que dedicaba al descanso durante el día era media hora; después daba audiencia á las señoras, terminada la cual pasaba á la habitación de la duquesa, de donde salía para el consejo de regencia ó para ir á saludar al joven rey, á quien veía invariablemente una vez al día, á horas distintas, y siempre con aire de respeto y reverencia que enseñaban á todos cómo debía hablarse al rey. Añadiase á este programa el recibimiento de los ministros extranjeros una vez á la semana, y los domingos y días de fiesta la asistencia á una misa en la capilla particular.

Á las seis de la tarde, si había consejo, y á las cinco si no lo había, todo estaba concluído, y ya no se hablaba más de negocios. El regente entonces iba ó á la ópera ó á casa de duquesa de Berry, su hija; pero en la época á que nos referimos reemplazaba esta distracción por cualquiera otra, porque estaba reñido con su hija á causa de su casamiento con Riom, según ya sabemos. Después llegaba la hora de aquellas famosas cenas que tanto ruido hicieron, y que se daban en el verano en Saint-Germain y Saint-Cloud, y en el invierno en el Palacio Real.

Asistían á ellas de diez á quince personas, pocas veces más, pocas veces menos. Los caballeros concurrentes eran el duque de Broglie, Noil, Brancas, Biron, Canillac y algunos jóvenes calaveras, bri-

llantes por su talento, ó famosos por su disipación. Las damas eran las señoras de Parabere, de Phalaris, de Sabran y d'Averne, alguna célebre actriz de la ópera, y á veces la duquesa de Berry. La presencia de su alteza real aumentaba en algunas ocasiones la licencia de aquellas cenas, pero jamás la coartaba en lo más mínimo. En ellas reinaba la igualdad más absoluta: se murmuraba de reyes, ministros, consejeros y damas; se mondaba, se cernía, se aventaba, digámoslo así, la conducta de todos, y se hacían patentes sus menores faltas. Allí la lengua francesa adquiría la libertad de la latina; allí todo se decía ó hacía con tal que se contase ó hiciese con gracia y talento; por esto aquellas cenas tenían tal atractivo para el regente, que cuando, llegada la hora, entraba el último convidado, las puertas se cerraban y atrancaban; de modo, que cualquiera que fuese el negocio que sobreviniera, aunque interesase al rey, á la Francia ó al regente mismo, era inútil proponerse penetrar hasta él. La clausura duraba hasta rayar el alba.

Dubois raras veces asistía á semejantes cenas con motivo de su delicada salud; así era que sus enemigos se aprovechaban de aquellos momentos para desacreditarle. El duque de Orleáns reía á carcajadas de los ataques que se dirigían á su ministro, al ver como cada uno daba su picotazo, dentellada ó arañazo en el descarnado esqueleto de su antiguo ayo. No ignoraba Dubois que la mayor parte del

tiempo él era quien hacía el gasto de la murmuración; pero como sabía también que siempre el regente olvidaba por la mañana lo que por la noche le habían dicho acerca de su ministro, hacia poco caso de aquellos asaltos que se daban á su reputación, derribada por las noches, y erigida por el día en mayores proporciones.

Y era también que el regente, que se sentía de día en día más pesado, sabía que podía contar con la vigilancia de Dubois: éste velaba cuando aquél dormía, cenaba ó cazaba. Dubois, al cual parecía que sus piernas no podían sostener, era infatigable; hallábase en todas partes en que el regente estaba, pasando detrás de él como una sombra, mostrando su semblante de zorro, ya á la puerta de un salón, ya atisbando al través de las persianas de un palco; Dubois, en fin, parecía poseer el don de segunda vista.

Al volver de su expedición á Rambouillet, donde le hemos visto velar por el regente con tanta solícitud y asiduidad, hizo llamar á maese Tapin, que cabalgando en un excelente caballo inglés disfrazado de montero, se había mezclado sin ser conocido entre la comitiva del príncipe. Habló con él por espacio de una hora, le dió sus instrucciones para el día siguiente, durmió cuatro ó cinco horas, se levantó, y á las siete, satisfecho de las ventajas que había alcanzado en el ánimo del regente, y de las cuales pensaba sacar gran partido, se presentó en

la puertecita de la alcoba, que el ayuda de cámara de S. A. R. le abría siempre, aunque el duque de Orleans no estuviese solo.

El regente dormía aún.

Dubois se acercó al lecho, y le miró por algún tiempo con una sonrisa que participaba á la vez de la expresión del mono y de la de Lucifer.

Finalmente, se decidió á despertarle, y en voz alta gritó:

— Vamos, monseñor, despertad, que ya es hora.

El duque de Orleans abrió los ojos, vió á Dubois, y creyendo librarse de él por medio de algunos de aquellos insultos á que su ministro estaba acostumbrado, y que se deslizaban por él como el agua por el hule, le dijo:

— ¡ Ah ! ¡ eres tú, abate ! ¡ Véte al infierno ! Y volvió la cara á la pared.

— Monseñor, de allí vengo; pero el diablo se halla demasiado ocupado para recibirme, y me ha enviado á vuestra alteza.

— Déjame en paz; estoy cansado.

— Ya lo creo: la noche ha sido tempestuosa, ¿ no es cierto ?

— ¿ Qué quieres decir ? preguntó el duque volviéndose un poco hacia Dubois.

— Que la ocupación que ha tenido vuestra alteza esta noche pasada no era para que me citase á las siete de la mañana.

— ¡ Abate! ¿ te he citado yo acaso para las siete?

— Sí, monseñor, ayer mañana, antes de salir vuestra alteza para Saint-Germain.

— ¡ Pardiez! ¡ es verdad! dijo el regente.

— Vuestra alteza ignoraba sin duda que la noche llegaría á ser un tanto fatigosilla.

— ¡ Fatigosa! me levanté de la mesa á las siete.

— Sí, pero después...

— ¡ Y bien! después...

— ¿ Está vuestra alteza contento? Vamos, decidme; ¿ vale al menos la muchacha la pena de hacer una expedición por ella?

— ¿ Qué expedición?

— La que emprendió vuestra alteza ayer noche después de comer, luego que se levantó de la mesa, á las siete.

— El que te oiga, creará que cuesta mucho trabajo venir de Saint-Germain aquí.

— Vuestra alteza dice muy bien; de Saint-Germain aquí no hay más que un paso; pero hay un medio de alargar el camino.

— ¿Cuál?

— Pasar por Rambouillet.

— Tú sueñas, abate.

— Puede ser: entonces contaré á vuestra alteza mi sueño; lo cual probará, que aun soñando, pienso en vos, monseñor.

— Algún nuevo chisme.

— No, monseñor: he soñado que vuestra alteza había levantado un ciervo en la encrucijada de Freillaje, y que el animal, civilizado como un ciervo de ilustre casa, se dejó perseguir noblemente en un espacio de cuatro leguas cuadradas, dejándose coger por último hacia Chambourey.

— Hasta ahí tu sueño es verdadero. Continúa, abate, continúa.

— Después entró vuestra alteza en Saint-Germain, y se sentó á la mesa á las cinco y media, mandando que le tuviesen dispuesto el coche de incógnito con cuatro caballos para las siete y media.

— Vamos, no vas mal, abate, no vas mal.

— En efecto, á las siete y media vuestra alteza despidió á toda su comitiva, excepto á La Fare, con el cual subió al carruaje. ¿ Es cierto?

— Adelante.

— El coche se dirigió á Rambouillet, donde llegó á las diez menos cuarto, y se paró en las primeras casas del pueblo. Vuestra alteza se apeó, y mientras La Fare continuaba su camino hacia la fonda del Tigre Real, vos, monseñor, le seguiais bajo el traje de montero.

— Aquí es donde tu sueño empieza á embrollarse; ¿ no es verdad, abate?

— Nada de eso, monseñor.

— Continúa pues.

— Mientras el fatuo de La Fare tomaba una mala cena que le servian tratándole de excelencia,

vuestra alteza daba su caballo á un paje y se dirigía á pie hacia un pequeño pabellón.

— ¡ Eres el demonio ! ¿ y dónde estabas oculto ?

— Yo, monseñor, no he salido del Palacio Real, he dormido como un lirón, y la prueba es que ahora le cuento á vuestra alteza mi sueño.

— Dime, ¿ y qué había en aquel pabellón ?

— En primer lugar estaba á la puerta una horrible dueña, alta, seca, acartonada.

— Dubois, yo te recomendaré á la Desroches, y la primera vez que te encuentre, te sacaré los ojos.

— Después en lo interior... ¡ Ah! en lo interior...

— En lo interior, pobre abate, no has podido ver nada ni aun en sueños.

— ¡ Oh ! me quitaría vuestra alteza, y con razón, las quinientas mil libras esterlinas que gasto en policía secreta si con esta suma no pudiese entrar en lo interior.

— Vamos, ¿ y qué has visto ?

— Una bretoncita hechicera, de diez y seis á diez y siete años... sí... hermosa como el amor... más linda que ciertos amores ; que venía vía recta del convento de Agustinas de Clisson, acompañada hasta Rambouillet por una anciana religiosa, cuya presencia no dejaba de ser un estorbo, y que por lo tanto recibió la orden de volverse... ¿ No es eso ?

— Dubois, más de una vez se me ha venido á la imaginación de que eres el diablo que ha tomado la figura de abate para perderme.

— Para salvaros, monseñor, para salvaros.

— ¡ Para salvarme ! mucho lo dudo.

— ¡ Y bien ! veamos, continuó Dubois con diabólica sonrisa ; ¿ ha quedado vuestra alteza contento de la niña ?

— ¡ Encantado, Dubois ; es preciosa !

— ¡ Pardiez ! vuestra alteza la ha hecho venir de muy lejos creyéndolo así ; y si no lo fuese, habría sido vuestra alteza robado.

El regente frunció las cejas ; pero reflexionando que Dubois ignoraba todo lo demás, se serenó completamente y al fin se sonrió.

— Vamos, Dubois, le dijo : verdaderamente eres un grande hombre.

— Solo vuestra alteza lo ha dudado ; y sin embargo no merezco vuestra confianza, monseñor.

— ¿ Tú ?

— Sin duda ; vuestra alteza me oculta sus amores.

— Vamos, no te enfades, Dubois.

— Sin embargo, no me faltan motivos.

— ¿ Por qué ?

— Porque puedo asegurar á vuestra alteza que yo hubiera encontrado una cosa tan buena ó tal vez mejor. ¿ Por qué no me habéis dicho, monseñor, que queríais una bretona ? Yo la hubiera traído aquí, señor ; yo la hubiera traído.

— ¿ De veras ?

— ¡ Vaya ! á montones las hubiera yo encontrado.

— ¿Semejantes á ella?

— Y mejores.

— ¡ Señor abate!

— ¡ Pardiez! vaya una conquista que ha hecho vuestra alteza.

— ¡ Señor Dubois!

— ¡ Acaso creará vuestra alteza haber hallado un tesoro!

— ¡ Hola! ¡ hola!

— Cuando vuestra alteza sepa á lo que se expone, y quién es esa bretona...

— No nos chanceemos, abate; te lo suplico.

— ¡ Ah! á decir verdad, confieso francamente que os compadezco, monseñor.

— No comprendo.

— Una apariencia os persuade; una noche os enamora como si fueseis un estudiantillo; y á la mañana siguiente no halláis nada comparable con la recién llegada. Pero, ¿ tan hermosa es, monseñor, esa niña?

— Divina.

— ¡ Y virtuosa!... ¡ Oh! la virtud misma; se la han escogido á vuestra alteza entre ciento, ¿ no es así?

— Exactamente, querido.

— Pues bien, yo declaro á vuestra alteza que se pierde.

— ¡ Yo!

— Monseñor, esa bretona es una muchacha cualquiera.

— ¡ Silencio, abate!

— ¡ Cómo silencio!

— Sí, no prosigas, te lo prohibo, repuso el regente con aire grave.

— Monseñor, habéis tenido un mal sueño; permitidme que os le explique.

— Señor José, os enviaré á la Bastilla.

— Á la Bastilla ó á donde vuestra alteza quiera; pero no por eso dejaré de deciros que es bribonzuela...

— ¡ Es mi hija, señor abate!

Dubois retrocedió espantado; á su maligna sonrisa sucedió la expresión de la mayor sorpresa.

— ¡ Hija de vuestra alteza!... ¿ Y de quién además, señor?

— De una mujer honrada, abate, que ha tenido el honor de no haberte conocido.

— ¡ Y la niña!...

— La niña ha permanecido oculta de todos, porque no empañasen su pureza, ni la mirada, ni las palabras de reptiles venenosos como tú.

Dubois se inclinó profundamente, y se retiró con respeto y en la actitud de un hombre asombrado. El regente le siguió con una mirada victoriosa hasta que hubo cerrado la puerta.

Pero Dubois no se turbaba con tanta facilidad, y no bien había cerrado la puerta que le separaba del

regente, cuando ya habia vislumbrado en la oscuridad que por un momento cubrió sus ojos, una luz que para él era muy brillante, y que le colmó de alegría. Asi, pues, iba diciendo mientras bajaba la escalera:

— ¡ Y yo que decia que esta conspiración llevaba en su seno mi mitra de arzobispo ! ¡ Imbécil !... en sabiéndola manejar con primor, dará á luz mi capelo de cadenal.

IX

Otra vez en Rambouillet

A la hora convenida, Gastón, en extremo impaciente, se presentó en la habitación de Elena; pero le fué preciso hacer antesala, porque la señora Desroches ponía dificultades en autorizar la visita. Mas Elena se explicó con tanta claridad como firmeza, y declaró que considerándose dueña de juzgar lo que era ó no decente, estaba decidida á recibir á su compatriota el caballero de Livry, que iba á despedirse de ella. El lector recordará que este era el nombre que Gastón habia tomado al ponerse en camino, y el que contaba llevar, excepto para aquellos con los cuales tenia que tratar el asunto que le obligaba á ir á Paris.

La señora Desroches se retiró, pues, de muy mal humor á su estancia, procurando no obstante oír la conversación de los dos jóvenes; pero temiendo Elena una sorpresa, cerró por sí misma la puerta del corredor, á la cual echó el cerrojo.

— Por fin estáis aquí, amigo mio; os esperaba